

CRÓNICA DE LA BENDICIÓN ABACIAL DEL RVDMO. P. JORGE MORÁN, OSB

Santiago García Mata, OSB¹



El día 14 de septiembre de 2019, en la misa celebrada a las 10:00 y presidida por el Excmo. Mons. Martín de Elizalde, osb, tuvo lugar la Bendición abacial del Rvdmo. P. Jorge Morán, osb, como quinto abad de la Abadía San Benito de Luján, en la iglesia misma del monasterio.

Cuando Mons. Martín, antiguo abad de nuestra comunidad de Luján, ingresó a la vida monástica, su superior mayor era un abad que a la postre resultaría ser el cardenal encargado de promulgar el ritual renovado de la Bendición abacial, y que, al hacerlo, no se privó de precisar en exactas palabras que el sentido de esta

1 Monje de la Abadía San Benito de Luján.

celebración sacramental es manifestar que la comunidad de monjes pide la gracia de lo alto sobre aquél que previamente eligió para ser padre suyo y guía hacia la plenitud cristiana.

Para recibir ese don en orden al despliegue cabal de tal misión, el P. Jorge se había preparado haciendo su retiro en la Abadía de Santa Escolástica en los días previos. Mientras tanto, la misma comunidad que el 10 de agosto anterior se había reunido para discernir finalmente que él era aquél a quien el Señor había señalado como nuevo abad, se ocupaba ahora de que todo estuviera dispuesto para cuando llegara la jornada de gracia.

Si el 14 de septiembre no es un día más para la Iglesia, puesto que ella conmemora en esa fecha la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, la circunstancia de que nuestra Congregación monástica se acogiera desde sus inicios al patronazgo de ese Sagrado Misterio nos hacía celebrarlo por todo lo alto como solemnidad, echando ya las campanas al vuelo desde temprano para la oraciones de Vigilias y Laudes, que tuvieron lugar a la hora acostumbrada. A las 8:00 rezamos Tercia, tras lo cual terminamos de aprontar lo necesario para el inicio de la Misa. Previmos una asistencia muy numerosa, y los bancos que agregamos alterando en cierta medida la disposición de los habituales de nuestra espaciosa iglesia, si bien nunca iban a poder asegurar asiento a las casi cuatrocientas personas que según nuestros cálculos nos acompañaron finalmente en este acontecimiento, ayudaron mucho a que nadie –creemos que así fue– tuviera que vivir una mañana enojosa. El atrio también cobijó a varios feligreses que ya no tenían lugar en el templo; pero, aun así, gracias a las excelentes condiciones climáticas que el Señor nos dispensó, y a través de las puertas abiertas de la iglesia, pudieron participar de la celebración sin inconvenientes.

Después de Tercia, entonces, fue también el tiempo de aguardar la llegada de los invitados, principalmente de Mons. Martín, que arribó con buena antelación, y de los representantes de los distintos monasterios. Estos fueron, entre los monjes, el P. Abad Mamerto Menapace, Presidente de la Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur; el P. Abad Carlos Oberti (Niño Dios); el P. Abad Benito Rodríguez (Las Condes); el P. Abad Osvaldo Donnici y el abad emérito Pedro E. Alurralde (Los Toldos); el P. Abad Edmundo Gómez (El Siambón); y los abades eméritos Agustín Roberts y Eduardo Gowland (de la Trapa de Azul). Todos ellos acompañados por monjes de sus comunidades: el Hno. Daniel Figueroa, de Niño Dios; el P. Néstor Bonotto y el Hno. Carlos Espende, de Los Toldos; y el Hno.

Mario Arredondo, prior trapense de Azul. Y, entre las monjas, nos acompañaron la M. Ma. Cristina, junto con las Hnas. María, Estela Ma., Ma. Inés, Lourdes, Ma. de los Ángeles, Clara, Ma. Cecilia y Ma. Florencia (Santa Escolástica); la M. Ma. Margarita (*Mater Ecclesiae*, Uruguay); la M. Ma. Josefina (Suyuque); la M. Ma. Cecilia, junto con la Hna. Gertrudis (Rafaela); la Hna. María (*Gaudium Mariae*); la M. Alejandra, junto con la Hna. Ma. del Pilar (Rengo); la M. Ma. Isabel, junto con la Hna. Ma. del Rosario (Paraná); la Hna. Alicia (Rautén); y la M. Salette (Benedictinas de Tutzing), junto con otras dos hermanas de su familia monástica.

Si bien nuestro arzobispo, el Excmo. Mons. Agustín Radrizzani, sdb, había consentido que el P. Abad Jorge recibiera la Bendición de parte del Mons. Martín, esto no trajo aparejada su ausencia, y así fue que, haciéndose presente entre nosotros, ofrendó su reconocimiento de que la vida de nuestro monasterio y su misma existencia es parte eximia de su propio ministerio. Mucho le agradecemos que nos haya acompañado, y fue muy simbólico verlo concelebrar rodeado de ocho sacerdotes del clero local, entre ellos nuestro párroco y otros presbíteros que tienen asumidas importantes responsabilidades en la arquidiócesis.

Uno de los primeros rectores de la Basílica Nacional de N.S. de Luján después de que los PP. Vicentinos dejaran su atención pastoral fue el ahora Excmo. Mons. Jorge Torres Carbonell, obispo auxiliar de Lomas de Zamora. A aquella época se remonta su relación cercana con el P. Abad Jorge, y por eso también él se hizo presente.

Siete presbíteros y un diácono del clero secular (uno de ellos, el párroco de San Benito de Buenos Aires, cuyo templo supo ser la iglesia mayor del monasterio que fuera nuestro emplazamiento porteño por décadas y que hoy nos pertenece como casa dependiente), y otros tantos sacerdotes del clero regular (entre ellos dos padres dominicos que vinieron acompañados por otros dos frailes neo profesos) completaron el elenco de ministros ordenados: junto con los monjes presbíteros de la comunidad de la abadía, conformaron un total de cuarenta y un sacerdotes.

Todos ellos concelebraron con Mons. Martín, quien, leído el Evangelio de la misa y tras la presentación del abad elegido (lo cual hicieron dos monjes asistentes, el P. Adolfo D'Aloisio y el P. Guillermo Castillo), y partiendo de las lecturas recién proclamadas, predicó acerca del oficio del abad. Estableció con maestría la conexión entre la liturgia del día y la doctrina benedictina, pues rescató de la santa *Regla* tres indicaciones que resumen el significado de la

cruz en la vida cristiana, y que son particularmente apropiadas a la misión del abad. En efecto, contemplar el paradójal triunfo de la vida sobre la muerte nos invita a identificarnos con Aquel que dio su vida por nosotros, a tomar la cruz y seguirlo, lo cual –y aquí aparece el enlace– conviene especialmente a quienes *nada anteponen al amor de Cristo*, desde la incipiente pero *verdadera búsqueda de Dios*, para avanzar con perseverancia gozosa *hasta la muerte en el monasterio*.

Como es habitual en estas celebraciones, la emoción fue embargando aleatoriamente a todos ya sea durante el canto de las Letanías de los santos, teniendo frente los ojos al abad elegido postrado ante el Señor, ya durante la oración de Bendición (que, lágrimas al margen, es el momento de más fuerza y densidad del rito, pues allí propiamente descende la gracia que vinimos a implorar de lo alto), o, tras la entrega de las insignias (el báculo fue el mismo que recibieron en su hora los abades Martín y Fernando, antecesores inmediatos del P. Abad Jorge), durante el abrazo de paz recibido de todos los abades y demás monjes presentes.

Al terminar la misa, antes de la procesión de salida, el P. Abad Jorge dirigió unas palabras a los presentes y quiso recordar, con ocasión de la bendición recién recibida, que todos, de una manera u otra, hemos experimentado en la propia vida que el Señor, para realizar su obra, elige lo que es de poca monta, para que no queden dudas de que es Él quien construye la casa. “Solo pide nuestra buena voluntad y colaboración”, la cual especificó citando el capítulo 64 de la regla benedictina. Recordó la infatigable labor de tantos monjes que nos precedieron en el monasterio, especialmente la de los anteriores abades, y dio gracias por todo ello, lo cual dio pie al inicio del canto del *Te Deum*.

* * *

Dos circunstancias que mencionamos al inicio –las casi cuatrocientas personas que se dieron cita y el excelente clima soleado y de temperatura ideal que tuvimos–, fueron de complemento mutuo para que tanta gente pudiera disfrutar el *ágape* posterior a la misa aprovechando no sólo la primera parte de la clausura interior que se habilitó para ello, sino el hermoso parque en el que despuntaban ya los primeros tonos primaverales. Hubo variada y suficiente (por demás) comida y bebida, de manera que compartimos fraternalmente con mucha alegría el reencuentro con todos los que nos han acompañado durante las últimas décadas de la vida del monasterio.



Algunas imágenes de la Santa Misa.

Fue, en fin, una jornada que nos deparó una satisfacción muy grande a todos y que se presentó provista de un marco espléndido: hubo mucha presencia de los monasterios, todo estuvo muy bien preparado y pudimos gozar de una liturgia muy cuidada.

Se ha vuelto una costumbre, y bien podría ya considerarse como un apartado propio y taxativo de este género de relaciones, agradecer a la Abadía de Santa Escolástica por venir en ayuda de las necesidades que este tipo de celebraciones imponen. Pero no lo haremos movidos por la usanza o la rutina, sino de todo corazón. ¿Hará falta ventilar aquí uno por uno todos los favores y atenciones, adornados de cuidados y detalles únicos y exquisitos, con que se prodigó Escolástica con su hermano Benito una vez más? ¿Alguien los podría recordar todos? Dios sabe, y no se deja ganar en generosidad. Por nuestra parte, no abundemos, y digamos una sola palabra con todo su peso propio: GRACIAS.

Antes de las 16:00 ya habían partido los últimos invitados. Resta decir la obviedad: después de la fiesta viene el trabajo. Que Dios asista e inspire siempre a nuestro P. Abad Jorge y a la comunidad de monjes que quiere dar testimonio de una mutua caridad fraterna tanto como ofrendarle a él un amor sincero y humilde.

Abadía de san Benito
C. C. 202
B6700WAC Luján
ARGENTINA